

# HENRY LANE WILSON, EL TRÁGICO DE LA DECENA

*John P. HARRISON*

SE HALLAN AHORA a disposición del investigador prácticamente todas las fuentes históricas norteamericanas para el estudio de la política mexicana del presidente Woodrow Wilson. Esta facilidad de consulta es lo que explica —en mayor medida quizá que la importancia misma de los hechos— la gran cantidad de estudios que han aparecido sobre ese particular y, al mismo tiempo, la escasez de variantes que se observa en la interpretación de los acontecimientos. La masa de materiales manuscritos que se refieren al asunto es tan enorme, que los investigadores, en sus trabajos, han dado más pruebas de diligencia que de imaginación. En efecto, el historiador que ha cosechado una abundante mies de notas para construir sobre ellas su relato y para escribir algo nuevo, que se salga de lo común, suele encontrarse ante un fastidioso dilema, y no se atreve a sacrificar la originalidad de un trabajo hecho sobre fuentes primarias, en aras de la presentación inteligente de sus materiales. En otras palabras, predomina la tarea de investigación sobre la de interpretación.

Así, pues, quienes han escrito acerca de la política mexicana del presidente Wilson han tenido al alcance de la mano esas montañas de materiales manuscritos, y, abrumados quizá por semejante cantidad de documentos confidenciales y de índole estrictamente personal, han quedado sin ánimos o sin fuerzas para tratar de localizar el informe del enviado presidencial a México, William Bayard Hale, que publicamos ahora por vez primera. La mayor parte de los que han estudiado las relaciones de Wilson con México tenían noticias de este informe; pero algunos, que se han tomado la molestia de enumerar en orden cronológico cada uno de los despachos de Hale, han pasado por alto éste, que es sin duda alguna el

más importante.<sup>1</sup> El único investigador que parece haber visto nuestro documento es Philip H. Lowry, autor de una tesis doctoral (inédita) sobre *The Mexican policy of Woodrow Wilson* (Universidad de Yale, 1949); y Howard CLINE utilizó el trabajo de Lowry al preparar su libro *The United States and Mexico*, escrito para "The American Foreign Policy Library", colección publicada bajo la dirección de Sumner Welles. No tengo noticias de ninguna otra obra que haya utilizado el informe de Hale, ni siquiera en forma indirecta. Y, desde luego, nadie lo ha citado.

El resultado de todo esto es —o, por lo menos, así lo creo yo— que la política mexicana de Wilson en sus etapas más antiguas ha sido juzgada muy incorrectamente por historiadores y ensayistas. Su norma casi invariable ha sido censurar y atacar a Wilson por su política con respecto a Huerta. La base de sus argumentos es la afirmación de que los Estados Unidos han seguido tradicionalmente la norma de prestar su reconocimiento a los gobiernos de hecho, y que el principio wilsoniano de "legitimidad constitucional" carecía de todo apoyo en las prácticas diplomáticas internacionales, además de ser ilógico. Samuel Flagg BEMIS, en su *Latin American policy of the United States* (pp. 172-173 de la edición de 1943) observa que a ningún gobierno extranjero le incumbe el someter a juicio las prácticas constitucionales de México, y pregunta: "¿En dónde se podrían encontrar jueces diplomáticos imparciales para las revoluciones?" El factor que suelen pasar por alto Bemis y sus colegas profesionales es el papel desempeñado en la "revolución" de que aquí se trata (el golpe de estado de Huerta) por el representante diplomático de los Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson. Y es evidente que el Presidente de los Estados Unidos tenía cierta responsabilidad por las cosas que hacía su embajador.

Pese al torrente de críticas históricas, tanto directas como indirectas, que se ha atraído el presidente Wilson por sus intentos de aplicar sus normas idealistas —su concepto de la "moral cristiana"— al terreno de los asuntos internacionales,<sup>2</sup> hay un considerable conjunto de pruebas que nos demuestran que, en mayo y junio de 1913, el Presidente estudiaba seria-

mente la posibilidad de otorgar el reconocimiento a Victoriano Huerta. Hay una ligera duda en cuanto al punto a que se inclinaban las preferencias de Wilson en sus tratos con Huerta, pero, al publicar el informe de Hale, no podemos menos de sugerir que este documento, en mucha mayor medida que los conceptos wilsonianos de moral cristiana, fue la clave de su decisión de no reconocer el régimen de Huerta. Y, al estudiar la política mexicana de Wilson durante 1913 y 1914, nunca hay que perder de vista algo que observa Ray Stannard BAKER en el cuarto tomo de su clásica biografía del Presidente, a saber: que el reconocimiento era "el meollo del problema".

WILLIAM BAYARD HALE, diplomático de carrera que se había dedicado al periodismo con muy buen éxito, recibió del presidente Wilson, el 19 de abril de 1913, el encargo de trasladarse a México con objeto de llevar a cabo ciertas averiguaciones de índole especial. Por esos días, Wilson había perdido ya toda confianza en su embajador en México, y se hallaba cada vez más perplejo ante los contradictorios informes que le llegaban de ese país. Tres semanas más tarde, y mucho antes de que llegara a Washington ningún informe de Hale, el señor Julius Kruttschnitt, presidente de la junta directiva de la Southern Pacific Company, envió a Woodrow Wilson (por intermedio de su consejero personal, coronel E. M. House) una declaración acerca de las condiciones reinantes en México, redactada por D. J. Haff, magistrado residente en Kansas City, el cual, en su calidad de representante jurídico de los intereses norteamericanos en México, tenía la suficiente autoridad para opinar sobre el asunto.<sup>3</sup> Se dio por supuesto, además, que esta comunicación contaba con la aprobación de otros "grandes intereses" de los Estados Unidos en México, como la Phelps, la Dodge Company, la Greene Cananea Copper Company y la Mexican Petroleum Company. Gran parte de ese documento puede verse en el libro de BAKER (pp. 246-247 del t. 4), quien agrega: "Aunque muchas de las opiniones expresadas en esta carta iban en contra de las inclinaciones del Presidente, ya que desconfiaba tan radicalmente de

Huerta como del Embajador norteamericano, la carta le impresionó de manera muy profunda. Y esta impresión fue corroborada unos días después por una visita del propio magistrado Haff, quien le fue presentado a Wilson por su viejo amigo Cleveland H. Dodge. La aprobación de Dodge siempre podía mucho en el ánimo del Presidente.”

En ese momento comenzó Wilson a tomar en serio la posibilidad de otorgar el reconocimiento a Huerta, aunque siempre bajo la condición de que prometiera la celebración de unas elecciones ajustadas a la ley. Preparó, en consecuencia, aunque sin llegar a terminarlo, un proyecto de declaración, ajustado a los términos propuestos por el magistrado Haff, con la idea de enviárselo a Huerta a través del embajador Wilson. Este proyecto (reproducido íntegramente por BAKER, *op. cit.*, t. 4, pp. 248-249) nunca llegó a ser enviado por el Presidente, que seguía asaltado de graves dudas.

En vista de las vacilaciones del Presidente, el señor Kruttschnitt y el grupo de personas que lo respaldaban decidieron hacer un nuevo esfuerzo para inclinarlo a dar el paso que ellos aconsejaban. El 26 de mayo, Edward Brush y S. W. Eccles se reunieron con Wilson y con su secretario de Estado, W. J. Bryan, en el despacho del secretario particular del Presidente, y le ofrecieron su ayuda para hacer que se llevara a cabo una elección presidencial en México lo antes posible. Al día siguiente, Bryan escribió a Wilson diciéndole que, en opinión suya, esa propuesta ofrecía una buena solución a las dificultades; le pedía, además, una cita para seguir examinando el asunto. Wilson contestó el 28 de mayo diciéndole que las sugerencias eran “ciertamente muy interesantes y, en mi opinión, de gran importancia. Ya las consideraremos en una fecha próxima”.

Las dudas del Presidente acerca de la conveniencia de reconocer a Huerta comenzaron a robustecerse por entonces, con la llegada del primer informe de Hale, recibido en Washington a mediados de junio. Es muy de notarse el hecho de que la noticia que más preocupó al Presidente haya sido la de la invitación que el embajador Wilson hizo a Huerta para un banquete en la Embajada norteamericana;

esto, en efecto, daba a entender que el representante diplomático de los Estados Unidos y el jefe del gobierno de hecho en México mantenían estrechas relaciones personales.

El documento que aquí publicamos fue leído por el presidente Wilson durante los últimos días de junio. El 1º de julio le escribía a Bryan: "El documento enviado por Hale es en verdad extraordinario. Me gustaría... estudiar con usted muy seriamente la necesidad de destituir de su cargo a Henry Lane Wilson..." Dos días después, el Presidente volvía a escribir a su Secretario de Estado: "Después de leer el informe de Hale y los últimos telegramas de Henry Lane Wilson, espero más que nunca que usted considere seriamente la posibilidad de destituir a Wilson..." Naturalmente, Bryan atendió a estos recados y se despacharon órdenes para que el embajador Wilson se trasladara a Washington a fin de responder a ciertas "consultas". Es evidente que el embajador quería llegar a Washington muy bien preparado, y con una serie de puntos muy bien estudiados en la cabeza. De ahí la lentitud de su viaje. Si hubiera sido posible, lo habría hecho a lomo de mula.

PARA JUZGAR equitativamente las acciones diplomáticas, el historiador está obligado a partir de la situación tal como la conocía la persona responsable de la decisión. Este documento es una parte muy importante de los informes que el Presidente tenía a la mano cuando decidió finalmente, y en forma irrevocable, no otorgar el reconocimiento a Huerta. La valoración de la política diplomática sólo es posible teniendo en cuenta estas dos cosas: los resultados conseguidos y la otra alternativa que hubiera a la mano. Aquí no podemos detenernos en los resultados —inmediatos o tardíos— de la decisión final del presidente Wilson, pero sí cabe observar que la única alternativa posible de no otorgar el reconocimiento era otorgarlo. El informe de Hale no demuestra que el embajador de los Estados Unidos se hallara implicado en el golpe huertista, pero sí presenta una serie de hechos que dejan su reputación muy mal parada.

La conclusión unánime de los historiadores más recientes

es que la causa de que el presidente Wilson se haya negado a reconocer a Huerta fue su evidente antipatía por las actividades anticonstitucionales y faltas de escrúpulos de Huerta. El informe de Hale constituye una prueba importantísima de que la decisión final muy bien puede haberse basado en razones de índole más concreta: la idea de que, muy probablemente, el representante oficial del gobierno de los Estados Unidos no sólo había dado su aprobación personal a la sórdida serie de acontecimientos que convirtieron a Huerta en jefe de estado, sino que había tenido una parte activa en ellos. El lector podrá ver por sí mismo si, en caso de ser presidente de los Estados Unidos, después de leer atentamente el siguiente informe, hubiera otorgado o no su reconocimiento al gobierno de Victoriano Huerta.

[INFORME DE HALE] <sup>4</sup>

«Es INDUDABLE que, en febrero de 1913, la administración del presidente Francisco I. Madero había llegado a ser muy impopular. El señor Madero había subido a la silla presidencial por las elecciones más honradas que hasta la fecha se han celebrado en México. Aunque es verdad que apenas un diez por ciento de la población votante se tomó la molestia de acudir a las urnas, Madero fue, virtualmente, el hombre en quien recayó la unánime elección del país.

»Unos pocos meses fueron suficientes para demostrar que el nuevo presidente no era capaz de realizar la tarea para la cual se le había elegido. En un país que se hallaba totalmente en ayunas acerca de lo que querían decir las palabras "libertad" y "democracia", los ideales que alentaban en su generoso pecho no podían aplicarse sino en muy escasa medida. Sus promesas de reforma social, y sobre todo de reforma agraria, no podían llevarse a efecto inmediatamente. Sus más ardientes partidarios, una vez que lo vieron en el poder, no tardaron en revelar que lo que los movía era el egoísmo. Desilusionado, pero confirmado en su creencia de haber sido llamado a cumplir una gran misión, Madero adoptó nuevos métodos: los de la represión. Hostilizó a la prensa, proscri-

bió a sus enemigos, dio manos libres a sus generales. Pero, por su naturaleza misma, no era apto para convertirse en tirano. De pequeña estatura, de aspecto y modales poco impresionantes, sumamente nervioso, abrumado por las dificultades en que se veía metido, rodeado por hombres incompetentes, decidido a ser severo, pero obedeciendo sus instintos bondadosos en los momentos en que hubiera debido ser inflexible, Madero, al finalizar su primer año de presidencia, se hallaba en muy mala situación. Zonas vastísimas del país no estaban pacificadas todavía; de todas partes venían murmuraciones; la hacienda pública estaba exhausta, y los dueños de la situación eran un grupito de traficantes de la política, casi tan desvergonzados como los odiados "científicos", a quienes se debió la ruina del régimen de Porfirio Díaz. En una nación de métodos políticos bien establecidos, el caso no hubiera sido muy grave: se trataría de un jefe del ejecutivo particularmente incompetente, que ha llegado al final de un desastroso primer año de gobierno. En México, era de todo punto evidente que, de no haber un rápido cambio en el estado de cosas, había que esperar una revolución popular.

»Pero el movimiento que estalló en la capital la noche del 8 al 9 de febrero no era, en ningún sentido, una revolución popular. Era una conspiración de oficiales del ejército, apoyada económicamente por un grupito de españoles reaccionarios, en connivencia con los "científicos" desterrados en París y en Madrid.

»Comenzaron a colectarse fondos para derribar a Madero, y esto se hizo en la capital en forma casi descarada. Pero el éxito de la colecta fue muy mediano; la suma más importante de que se sirvieron los conspiradores les vino de fuera, y fue un cheque de 12,000 libras esterlinas, pagadero por el Banco de Londres y México en su sucursal de Veracruz. Este dinero se había destinado primeramente para el levantamiento de Félix Díaz, en el mes de noviembre anterior. Quienes contribuyeron con más fuertes sumas en la colecta que se hizo en México fueron el general Luis García Pimentel y don Iñigo Noriega. Noriega, a quien se suele llamar "el Pierpont Morgan de México", había sido beneficiario de gran número

de concesiones y monopolios otorgados por el viejo régimen, y era apoderado de Porfirio Díaz. El agente más activo de la conspiración era el general Manuel Mondragón, quien había amasado una buena fortuna en la época de Díaz como perito fraudulento en cuestiones de artillería. A él se le habían encomendado muchas compras de armas; uno de sus métodos predilectos era la ingeniosa idea de poner su nombre en nuevos "inventos", con lo cual se embolsaba una buena comisión.

»Mondragón compró a los oficiales (antiguos asociados suyos) y se ganó también a los cadetes de la Escuela de Aspirantes, de Tlalpan, suburbio de la ciudad de México, y fueron ellos quienes formaron el núcleo del movimiento.

»En la noche del 8 de febrero, cierto número de cadetes vinieron en tranvía a la ciudad. Se congregaron en la madrugada siguiente frente a la penitenciaría, y allí pidieron la libertad del general Félix Díaz, que se hallaba preso mientras se le juzgaba por el delito de rebelión. Después de una breve charla, Díaz fue soltado. En seguida se dirigieron a la cárcel militar de Santiago, donde pidieron y consiguieron la libertad del general Bernardo Reyes, prisionero que se hallaba en la misma situación que Díaz. El presidente Madero, desoyendo la opinión de sus amigos, se había negado a autorizar el fusilamiento de Reyes y de Díaz, bajo el cargo de traición, en el momento de su captura (según la costumbre que entonces prevalecía en México), e insistió en que se les sometiera a juicio conforme a la ley.

»Los que libertaron al general Reyes lo encontraron ya vestido con su uniforme de general del ejército mexicano, que se puso mientras esperaba que le abrieran las puertas.

»Reyes montó a caballo e inmediatamente se dirigió, a la cabeza de una columna de cadetes y de soldados amotinados, hacia el Palacio Nacional, situado en el centro de la ciudad, adonde llegó poco después de las ocho de la mañana del domingo. Reyes estaba plenamente seguro de que se le recibiría bien y de que se le entregaría el Palacio, pues sabía que los oficiales encargados habían sido sobornados. Avanzó, pues, como si se tratara de un desfile militar. Pero, no se sabe por

qué, algo anduvo mal en los arreglos, y los oficiales que se hallaban en el Palacio el domingo por la mañana no eran de los conjurados. Reyes recibió unos balazos y cayó de su caballo, mortalmente herido. Los hombres que lo seguían fueron desbaratados, y muchos espectadores cayeron muertos en el confuso tiroteo que hubo a continuación.

»El presidente Madero, que recibió aviso de estos hechos en su palacio de Chapultepec, a cinco kilómetros, se vino al centro de la ciudad, hacia las 9 de la mañana, con una pequeña escolta de jinetes. Al llegar al final de la ancha Avenida Juárez, encontró atestadas de gente las calles más estrechas; se bajó entonces del caballo y entró en un estudio fotográfico que hay frente al inconcluso Teatro Nacional, y allí telefonó pidiendo las últimas noticias. Se le unieron en esos momentos algunos ciudadanos y oficiales, entre ellos Victoriano Huerta, general del ejército que gozaba de una licencia para curarse los ojos. Huerta estaba relegado, y a todos les constaba que se hallaba amargado porque Madero no lo había nombrado Secretario de Guerra, pues el Presidente sabía que era un borracho consuetudinario.\*

»Pero ahora Huerta venía a ofrecer sus servicios a Madero. Se le aceptaron inmediatamente, y Huerta fue nombrado comandante en jefe del ejército dentro de la ciudad. Al día siguiente se le expidió el nombramiento en debida forma.

»El Presidente apareció en un balcón y dirigió la palabra a la muchedumbre, teniendo a Huerta a su lado. En seguida bajó y volvió a montar en su caballo, un espléndido animal que se encabritaba y piafaba en manos de los hombres que lo sujetaban; él les ordenó que lo soltaran, y, saludando a la multitud que lo aclamaba, avanzó solo, a buena distancia de su escolta, hacia el Palacio Nacional.

»El general Díaz había andado con mejor fortuna que Reyes. El papel de Díaz consistía en tomar posesión del arse-

\* El capitán Darr, ex oficial del ejército de los Estados Unidos, que ahora trabaja en México como agente de la Bethlehem Steel Company, me asegura que Madero le había dicho que por esa razón no había nombrado a Huerta, y que él se lo contó a Huerta, quien dijo: "Ya lo sabía yo".

nal o "Ciudadela", en las orillas de la ciudad. Llevó a cabo su cometido sin oposición de nadie, y así se encontró dueño de un fuerte dotado de buenas defensas, provisto como estaba con las reservas de armas y municiones del Gobierno.

»En la tarde de ese día Madero se dirigió a Cuernavaca, capital del vecino Estado de Morelos, donde el ejército luchaba contra las huestes del caudillo rebelde Zapata, y por la noche regresó con un tren cargado de armas y parque y alguna gente. En la mañana del lunes, Madero tenía una guarnición de mil hombres en el Palacio Nacional.

»Durante el lunes, ninguno de los bandos hizo nada de importancia. El Presidente había teleografiado al general Aureliano Blanquet diciéndole que viniera con los 1,200 hombres que tenía en Toluca, y le había llegado aviso de que el general se hallaba ya en camino.

»El martes, como a las 10 de la mañana, el Gobierno inició el bombardeo de la Ciudadela. Los rebeldes contestaron el fuego vigorosamente, y la ciudad sufrió serios perjuicios. Durante el día llegaron refuerzos del Gobierno (aunque no la gente de Blanquet), y se recibieron de Veracruz nuevas provisiones de parque. Los rebeldes no hicieron ningún intento de salir de la Ciudadela, y en ninguna parte de la ciudad hubo señales de rebeldía contra Madero. Sin embargo, el Embajador norteamericano decía a todos cuantos se presentaron ese día en la Embajada que el gobierno de Madero había caído ya prácticamente, telegrafió a Washington pidiendo facultades para obligar a los contrincantes a entablar negociaciones.

»En el siguiente día, martes 12 de febrero,<sup>5</sup> continuó el bombardeo de los dos lados. El Embajador se entrevistó con los embajadores de España y de Alemania [Bernardo Cólogan y Almirante Von Hintze] y, como se ve en su informe de ese día al Departamento de Estado, protestó "contra la continuación de las hostilidades". "El Presidente —prosigue el informe del señor Wilson— se hallaba visiblemente preocupado, y se esforzaba por determinar la responsabilidad de [Félix Díaz]".<sup>6</sup>

»Desde el comienzo, la actitud del Embajador norteameri-

cano para con el presidente Madero había sido de un desdén sin disimulos. Ya antes de la toma de posesión, en un banquete ofrecido por Madero en el University Club en julio de 1911, el Embajador se había dirigido públicamente al presidente electo en un tono de altanería que todavía recuerdan personas de todas clases en la ciudad. El señor Wilson se ha jactado, en una conversación conmigo, de haber informado a Washington, el día mismo de la toma de posesión de Madero, que ya era claramente visible el final. Cuando Félix Díaz se levantó en Veracruz en noviembre de 1912, el señor Wilson, que se encontraba entonces en Kansas City, dijo en una entrevista, según consta por un cable de la Prensa Asociada, que Díaz era el hombre indicado para gobernar a México. El señor Wilson declaró más tarde que no había dicho semejantes cosas en esa entrevista. A medida que transcurre la administración de Madero, el Embajador iba manifestando cada vez más abiertamente su antipatía hacia el Presidente, su hostilidad contra quienes tenían relaciones con él o con su familia, aunque fuera en un plano social, y sus predicciones de que muy pronto caería.

»El Embajador sostenía ahora la disparatada idea de que el Presidente, al no rendirse instantáneamente a los amotinados, era el culpable del derramamiento de sangre.

»Esta idea era compartida por el Embajador de España, y a ella fueron ganados también el de Inglaterra y el de Alemania. Los embajadores de España y Alemania no se encuentran ahora en México, pero he tenido el honor de hablar con el de Inglaterra, y me veo obligado a decir que jamás he encontrado a un individuo cuyo carácter esté en tan absurda contradicción con su nombre. El señor Stronge es un necio, un imbécil que tartamudea, y el hazmerreír de toda la ciudad, cuyos vecinos no tienen otra cosa mejor para su constante diversión que los cuentos sobre el señor Stronge y el loro que todo el tiempo le sirve de compañero.

»El señor Wilson, en respuesta a mis preguntas, me ha dicho que sí, en ésa y en otras ocasiones subsiguientes, se entrevistó únicamente con sus colegas de Inglaterra, España y Alemania (y quizá también en una ocasión con el encargado de

negocios de Francia), fue porque éstos representaban los mayores intereses extranjeros en el país y porque "los demás no importaban en realidad". En otra conversación, el señor Wilson me explicó que hubiera sido difícil charlar con todos, de manera que sólo se entrevistó con quienes representaban los intereses más importantes.

»El hecho es que los demás no estaban de acuerdo con la política que seguía el señor Wilson. Las legaciones de Austria y del Japón, así como todos los representantes de la América Latina, en especial los del Brasil, Chile, Cuba, Guatemala y El Salvador, opinaban que el gobierno constitucional tenía la justicia de su parte al empeñarse en mantener su autoridad, y que a los diplomáticos extranjeros no les correspondía intervenir contra el gobierno constitucional en un asunto que sólo tocaba a México. Aunque el señor Wilson se empeñaba constantemente en presentar a su grupo como "el cuerpo diplomático", la verdad es que la mayoría numérica de los miembros de ese cuerpo seguían una línea de conducta totalmente opuesta, encabezados por los embajadores de Chile y de Cuba.

»Después de la entrevista con Madero, durante la cual los señores Wilson y Stronge y el almirante Von Hintze le expresaron al Presidente su protesta por la continuación de las hostilidades, el señor Wilson, acompañado por el señor Stronge, se dirigió a la Ciudadela, solicitó una entrevista con Díaz y, como dice el señor Wilson en su informe de ese día al señor Knox, pidió "que el fuego se limitara a una zona determinada".<sup>7</sup>

»Así, pues, el Embajador había llegado a tal extremo, que reprendía al gobierno legítimo como si fuera un rebelde, y trataba a los amotinados como si fueran el Gobierno de hecho y de derecho.

»Durante el miércoles y el jueves, días 13 y 14, prosiguió la batalla; las posiciones relativas de los combatientes siguieron sin ningún cambio, pero aumentó la angustia en las partes de la ciudad adonde llegaba el tiroteo. El Embajador le dijo al señor Lascuráin, primer ministro de Madero y su secretario de Relaciones Exteriores, que Madero debía renunciar.

Según se lee en el informe enviado al secretario Knox, las palabras de Wilson fueron éstas: "La opinión pública, así mexicana como extranjera, hace responsable de estas condiciones al Gobierno federal".<sup>8</sup>

»El jueves 14 (aunque es posible que esto haya sido el miércoles 13), el cónsul general de los Estados Unidos en México, señor Arnold Shanklin, que había tenido que escapar del consulado a causa del fuego de artillería y proseguía entonces heroicamente su tarea en la Embajada, se hallaba trabajando en el patio que hay a la entrada de la Embajada, cuando oyó que lo llamaba un individuo conocido suyo y relacionado con el general Huerta, el cual venía a pedirle el favor de que lo presentara con el Embajador. Le dijo: "Traigo un recado de parte del General; creo que sería posible hacer que él y Díaz llegaran a un entendimiento, si el Embajador cree que es ésta una buena idea. Quiero verlo y presentarle el plan que traigo."

»El mensajero prosiguió diciendo que, en realidad, no era necesario que el Embajador se dejara ver, y que las partes interesadas se considerarían satisfechas con que el señor Wilson autorizara al señor Shanklin a llevar a cabo cualquier clase de negociaciones y a representarlo en todo lo demás. Lo que deseaban era un entendimiento con el Embajador, sin comprometerlo en ninguna responsabilidad delicada.

» El señor Shanklin contestó que, por lo que a él se refería, no quería tener la menor participación en semejante plan; añadió sin embargo que, si el mensajero insistía, se haría cargo de su petición y trataría de conseguirle una entrevista con el señor Wilson; el Embajador podría ocuparse personalmente del asunto. En consecuencia, el Cónsul general se retiró y dio cuenta al Embajador de cómo el mensajero solicitaba una entrevista con él, diciéndole expresamente la naturaleza del recado que traía, esto es, que deseaba someter a la consideración del Embajador un plan de entendimiento entre el principal de los generales del Presidente y el caudillo rebelde. El señor Shanklin explicó que él se había negado a tener la menor participación en el asunto, pero que le había parecido que su deber era dar cuenta de todo al Embajador. "Hágalo en-

trar —dijo el señor Wilson—, pues quiero hablar con él.” El señor Shanklin fue a traer al mensajero, lo hizo entrar, y se retiró.

»El viernes, día 15, el Embajador mandó decir a los representantes de Inglaterra, Alemania y España que solicitaba su presencia en la Embajada. No invitó a los demás miembros del cuerpo diplomático. En su informe al señor Knox dice: “La opinión de mis colegas, aquí reunidos, fue unánime.”<sup>9</sup> Al embajador de España se le encomendó la misión de presentarse en el Palacio Nacional para dar a conocer al Presidente esa opinión unánime, a saber: que debía renunciar a su puesto. El señor Madero contestó al Embajador de España diciendo que a los diplomáticos acreditados ante una nación no les reconocía el derecho de inmiscuirse en sus asuntos internos. Llamó la atención sobre un hecho que, según dijo, temía que varios de los diplomáticos hubieran perdido de vista, por alguna extraña razón, a saber: que él era el Presidente constitucional de México. Declaró, además, que su renuncia hundiría al país en el caos político, y añadió que sus enemigos podrían matarlo, pero no obligarlo a renunciar.

»Ese mismo día, más tarde, el señor Wilson se presentó en el Palacio, acompañado por el embajador de Alemania. Su objeto, según dice, era “conversar con el general Huerta”. Pero, sigue diciendo, “a nuestra llegada [al Palacio], se nos llevó, con gran desconcierto nuestro, a ver al Presidente”.<sup>10</sup> Con todo, también se hizo venir a Huerta, y se convino en pactar un armisticio. Al regresar a la Embajada, el Embajador envió al agregado militar a la Ciudadela para obtener, como obtuvo en efecto, el consentimiento de Díaz para el armisticio, que se efectuaría el domingo.

»El domingo llegó el general Blanquet, con uno o dos regimientos. Había tardado una semana en hacer un recorrido de sesenta kilómetros, y desde luego se vio que no iba a tomar parte en la contienda.

»Blanquet estaba traicionando al Presidente.

»Lo mismo estaba haciendo el hombre a quien el Presidente había nombrado comandante en jefe: Huerta.

»Huerta había estado en comunicación con el señor Wilson

por intermedio de un mensajero confidencial, y de esa manera se había llegado a un acuerdo. Durante el armisticio (pactado, según se dijo oficialmente, para enterrar los cadáveres y para trasladar a los no combatientes a lugares alejados de la zona peligrosa), se ultimaron los detalles de la traición que se estaba tramando, y antes de terminar ese día Huerta mandó un recado al embajador Wilson diciéndole que todo marchaba en forma satisfactoria. En el informe enviado esa noche [del domingo 16 de febrero] por el señor Wilson al Departamento de Estado había estas eufemistas palabras: "Huerta había enviado un mensajero especial a decirme que esta noche esperaba tomar las medidas necesarias para poner fin a la situación." <sup>11</sup>

»Por alguna causa, la intriga no pudo llevarse a efecto esa noche. Pero el mensajero regresa en la mañana siguiente. Esta vez, el señor Wilson abre un poco más su conciencia en su informe al señor Knox: "Huerta ha enviado su mensajero para decirme que puedo tener confianza en que se darán algunos pasos para expulsar a Madero del poder en cualquier momento, y que los planes se han madurado perfectamente. . . Yo no hice ninguna pregunta ni expresé ningún comentario; sólo pedí que no se sacrificara la vida de nadie, excepto por el debido proceso legal." <sup>12</sup>

»Esa noche el Embajador dijo, por lo menos a un periodista, que Madero sería arrestado al día siguiente, a mediodía. A la hora indicada se hallaban varios reporteros en el Palacio Nacional, y por lo menos uno de ellos llevaba ya sus mensajes escritos por anticipado, y listos para ser terminados rápidamente. Pero sufrieron una decepción, pues nada ocurrió a mediodía en el Palacio.

»Sin embargo, a esa hora fue detenido el hermano del Presidente, Gustavo Madero, en el restaurant *Gambrinus*, donde acababa de almorzar en compañía de Huerta y de algunos otros señores, los cuales, al terminar la comida, se apoderaron de él y lo hicieron prisionero.

»El plan de apoderarse de la persona del Presidente se demoró sólo una hora, aproximadamente. A las 2 de la tarde, el señor Wilson tenía la satisfacción de telegrafiar al Departa-

mento de Estado: "Acaba de venir mi mensajero confidencial ante Huerta", a dar cuenta del arresto de Madero.

»"Mi mensajero confidencial ante Huerta", "el mensajero confidencial entre Huerta y yo, una persona por cuya mediación me ha pedido el Presidente que me ponga en contacto con él cada vez que así lo desee" (informe de Wilson a Knox, del 28 de febrero): esa figura anónima que reaparece misteriosamente en los informes de Wilson, y de manera mucho más prominente en la verdadera historia de la traición contra Madero, era Enrique Zepeda, un individuo de mala fama que pasa por ser sobrino de Victoriano Huerta y que en realidad es su hijo natural.

»Enrique Zepeda está casado con la hijastra de un norteamericano, el señor E. J. Pettegrew. Pettegrew dice que el martes anterior a los acontecimientos a que ahora me estoy refiriendo, esto es, el primer día de la batalla [martes 11], él y Zepeda arreglaron la manera de que Huerta y Díaz se entrevistaran en una casa vacía, en algún punto de la ciudad. De ser cierto esto, resultaría que todo el bombardeo no fue sino una patraña muy bien urdida, y que durante todo ese tiempo los generales se hallaban en mutuo entendimiento. Muchos otros detalles apuntan hacia esa conclusión. Así, pues, en caso de ser verdad lo que cuenta Pettegrew, parecería ser que, cuando Zepeda solicitó los buenos oficios del señor Wilson para hacer que los dos generales celebraran su entrevista, no fue porque esta intervención fuera necesaria, sino porque los conspiradores deseaban que el Embajador se quedara con la creencia de estar "resolviendo la situación" y porque querían asegurarse su promesa de que Washington otorgaría el reconocimiento al gobierno que estaban planeando constituir. Sin embargo, como no puedo esclarecer plenamente este particular, prescindo por completo de él en lo que a continuación voy a referir.

»Cuando Zepeda se presentó en la Embajada el día 18 a las 2 de la tarde, llevaba una mano sangrando. Entró en la planta baja, donde se encuentran las oficinas de los secretarios y de los agregados, y donde había en esos momentos gran número de personas. Entre ellas estaba el doctor Ryan, ciru-

jano de la Cruz Roja, quien inmediatamente se puso a curarle la mano a Zepeda, mientras el señor Shanklin se la sostenía. Zepeda dijo: "Me hirieron mientras ayudaba a detener a Madero, pero no me detuve para que alguien me atendiera, porque le había prometido al Embajador que él sería el primero en recibir la noticia, en cuanto hiciéramos esto." Ante tal indiscreción, el grupo de mirones se dispersó rápidamente y se cerraron las puertas.

»Unos pocos minutos después, mientras el Embajador estaba charlando con el señor E. S. A. de Lima, gerente del Banco Mexicano de Comercio (el Banco Speyer), el cual ayudaba financieramente en la Embajada a los norteamericanos necesitados de dinero en efectivo —se encontraban los dos al final de la escalera que lleva de la planta baja al piso de arriba—, vino un empleado que le dijo: "Señor embajador, el señor Zepeda dice que tiene que salir a llevar un mensaje al general Díaz, pero su mano está sangrando muchísimo, y es lástima que no se pueda quedar aquí tranquilamente."

»El señor Wilson contestó: "¡Claro! No es necesario que vaya él. Dígale que no debe moverse. Yo haré que vayan a entregar su mensaje. Dígale al señor Zepeda que aprecio profundamente todo lo que ha hecho."

»Aquí voy a abandonar un poco el orden cronológico a que me vengo ajustando en este relato. Cierta día, un mes más tarde, el señor Zepeda estaba contando cómo ocurrió el arresto. El señor C. A. Hamilton, norteamericano, propietario de una mina en Oaxaca, lo interrumpió y le dijo: "Si ustedes tenían determinado acabar con Madero, ¿por qué diablos no lo hicieron entonces, durante la refriega? Hubiera parecido más natural."

»Y Zepeda le contestó: "Bueno, es que yo le había prometido al Embajador que no lo mataríamos en el momento de detenerlo." Esto fue en la noche del 22 de marzo, en casa de J. N. Galbraith, en presencia del señor Hamilton, del señor Galbraith, del cónsul general Shanklin —todos los cuales, cada uno por separado, me han contado el incidente— y del señor C. R. Hudson.

»Aquí, como en todas partes, la historia de Zepeda puede reconstruirse con algún mayor detalle.

»En premio por los servicios que prestó como medianero, Zepeda recibió el puesto de gobernador del Distrito Federal. (Poco tiempo antes había sido expulsado del Country Club de México por su inmoralidad en la casa del club.) El domingo 9 de marzo ofreció un fastuoso banquete al señor Wilson y a algunas personas invitadas por este último, en el restaurant Chapultepec. En esta ocasión el señor Wilson pronunció un discurso tan desenfrenado en su ataque contra los hermanos Madero y tan franco en la confesión del papel que él había tenido en el golpe y su complacencia en esta confesión, que uno de los invitados me ha dicho: "Nos mirábamos unos a otros, llenos de pena, y algunos se pusieron pálidos."

»En la noche del 26 de marzo, este individuo Zepeda, que había comido con el "presidente" Huerta y que luego había seguido tomando con un grupo de amigos en el restaurant Sylvania, se dirigió a la cárcel en que se hallaba preso Gabriel Hernández, general del ejército mexicano, ordenó que lo sacaran al patio, que le dispararan hasta matarlo y que quemaran el cadáver. Empaparon de petróleo el cuerpo y le prendieron un fósforo. Zepeda contempló cómo se iba consumiendo poco a poco el cadáver, y luego, con sus acompañantes, se dirigió a una casa de prostitución, donde pasó el resto de la noche entregado a excesos indeciblemente viles y crueles, como los que ya lo habían hecho famoso.

»"Mi mensajero confidencial ante Huerta" se encuentra ahora en la cárcel mientras lo procesan, pero se espera que lo dejen por considerársele loco.

»Al recibir el informe de Zepeda, aquel martes por la tarde [día 18], el embajador Wilson envió un mensaje a Díaz, que seguía en la Ciudadela, informándole que el Presidente había sido arrestado y que Huerta deseaba tener una charla con el caudillo rebelde. Se acordó que esta conferencia se celebrara en la Embajada. A las 9 en punto llegó Huerta a la Embajada, y el señor Wilson envió por el general Díaz al doctor Ryan y a otros, en un automóvil que llevaba enarbolada la bandera norteamericana. Efectivamente, los comisionados

regresaron con Díaz. El señor Wilson dice que en el viaje de regreso no iba desplegada la bandera.

»El cabecilla del motín, el traicionero comandante en jefe y el Embajador norteamericano, con su traductor, Louis d'Antin, pasaron las tres horas siguientes en el salón fumador de la Embajada, celebrando su conferencia y elaborando un plan para constituir el nuevo gobierno que sustituyera al del Presidente traicionado y prisionero. Díaz insistía en su derecho al cargo más prominente, fundándose en que era él quien había trabado la pelea. Pero los argumentos de Huerta eran más poderosos, pues, evidentemente, de no haber sido porque se convirtió en traidor, la revuelta no habría tenido ningún éxito. Tres veces estuvieron a punto de romper la plática en muy malos términos, dice el Embajador, pero gracias a sus esfuerzos se prosiguió la charla, al final de la cual se elaboró un plan que era en realidad una transacción: Huerta entraría como presidente provisional, pero debería convocar a elecciones y daría su apoyo a Díaz para que a éste le correspondiera la presidencia permanente. También se llegó a un acuerdo en cuanto a la constitución del gabinete, y en este particular el Embajador desempeñó un papel prominente. Por ejemplo, fue él quien puso su veto al nombramiento de Vera Estañol como secretario de Relaciones Exteriores, aunque consintió en que se le designara secretario de Educación. Cuando se nombró a Zepeda como gobernador del Distrito Federal, el intérprete tuvo un gesto de desagrado, pero fue reprendido por el señor Wilson. El Embajador dice que estipuló la libertad de los ministros de Madero. No hizo estipulaciones en cuanto al Presidente y al Vicepresidente.

»Esa noche, una hora después de haberse dado por concluida la conferencia de la Embajada, Gustavo Madero, hermano del Presidente, fue conducido a un solar baldío, en las afueras de la Ciudadela, donde lo acribillaron a balazos; allí mismo lo enterraron, en un hoyo hecho en la tierra.

»Al día siguiente, Francisco Madero, confinado en la cárcel y amenazado con la muerte, firmó su renuncia. La firmó porque así se lo pidieron su esposa y su madre, y, como ésta

dijo, para salvar sus vidas, no la de él. El vicepresidente Pino Suárez hizo otro tanto.

»Se había convenido en que las renunciaciones se pondrían en manos de los embajadores de Chile y Cuba, quienes las entregarían sólo cuando los dos funcionarios salientes se encontraran sanos y salvos, con sus familias, fuera del país. Parece, sin embargo, que era necesario que los documentos fueran certificados por el jefe del gabinete, o sea el ministro de Relaciones Exteriores, y, en los momentos en que se hallaban en sus manos, se ejerció sobre el señor Lascuráin una presión de tal naturaleza, que acabó por entregar las renunciaciones, directa e inmediatamente, en manos de los enemigos de Madero.

»Con todo, a Madero y a Pino Suárez se les había prometido la libertad, y un salvoconducto para ellos y para sus familias, con objeto de que salieran del país. El señor Wilson me dice que Huerta le había pedido su opinión en cuanto a la mejor manera de tratar a Madero, y en particular acerca de lo que estimaba más conveniente: deportar a Madero o meterlo en un manicomio. "Yo —dice el Embajador— me negué a expresar ninguna preferencia. Lo único que le dije fue esto: "General, haga usted lo que estime mejor para el bien de México." Y Huerta decidió, o pretendió decidir, que lo mejor era la deportación.

»En la estación del Ferrocarril Mexicano estaba ya listo un tren en que Madero y Pino Suárez, con sus familias, irían a Veracruz, donde pasarían a bordo del cañonero cubano *Cuba*, que los llevaría a un puerto extranjero. Hacia las nueve de la noche, las familias, después de prepararse rápidamente para el viaje, se encontraban reunidas en el andén, esperando. Los embajadores de Chile y de Cuba, que habían pasado el día acompañando a Madero, habían anunciado anteriormente su intención de acompañar a los viajeros hasta el puerto, y se presentaron en la estación, diciendo que no tardarían en llegar el Presidente y el Vicepresidente. Pero no llegaron. A eso de medianoche, el embajador de Chile se despidió de las atribuladas señoras, se dirigió precipitadamente al Palacio y pidió una entrevista con el general Huerta. El General le mandó decir que se sentía muy cansado después

de un día de trabajo agobiador, y que en esos momentos estaba descansando; que más tarde vería al señor embajador. El señor Riquelme esperó hasta las dos de la mañana, y se le siguió negando el permiso de ver a Huerta. No tuvo más remedio que volver a la estación y aconsejar a los familiares que regresaran a sus casas.

»En el curso de la mañana se explicó que el comandante militar del puerto de Veracruz había recibido de la señora Madero unos telegramas que lo indujeron a contestar de manera insatisfactoria a las instrucciones de Huerta. Se dice que el comandante contestó: "¿Por autoridad de quién? Yo sólo reconozco la autoridad del presidente constitucional de México, Francisco I. Madero." Sin embargo, entre los maderistas predomina la creencia de que lo que impidió la salida del tren fue la decisión que manifestaron los embajadores de Chile y Cuba de acompañar a los viajeros, y que el plan era volarlo a medio camino.

»La esposa y la madre de Madero y los parientes de Pino Suárez, consolados al saber que sus deudos seguían vivos, pero temiendo lo peor, se dirigieron entonces al Embajador norteamericano pidiéndole que concediera a los perseguidos un asilo en la Embajada. El Embajador había abierto sus puertas a los traidores, convirtiéndola en un sitio de reunión para los que tramaban el golpe, pero esta vez no pudo encontrar la manera de dar acogida a sus víctimas. En vez de eso, el señor Wilson recomendó que se trasladara a los detenidos a un lugar más confortable: del Palacio a la penitenciaría. Casi todos dan aquí por un hecho que las señoras pidieron al señor Wilson que transmitiera un mensaje al Presidente de los Estados Unidos, redactado en la clave empleada en el Departamento de Estado norteamericano, pidiendo que ejerciera su influencia para salvar la vida de los presos. Sobre esto no tengo ninguna prueba, como tampoco sobre otro incidente, que, sin embargo, me parece digno de mención:

»El jefe de los simpatizantes de Madero en la ciudad de México, Serapio Rendón, me ha asegurado muy enfáticamente que el día 22 el Embajador norteamericano recibió del Departamento de Estado (de Washington) unas instrucciones

en virtud de las cuales debía hacer saber al general Huerta que si los dos presos, el Presidente y el Vicepresidente, recibían un trato indigno de ellos, este hecho produciría un efecto muy desagradable en la opinión del gobierno de los Estados Unidos, y que el Embajador no quiso transmitir ese mensaje.<sup>13</sup> No tengo pruebas para afirmar la verdad de semejante cargo, pero el señor Rendón ha hecho su declaración en términos tan categóricos, que creo que el asunto merece ser investigado.

»El general Huerta asumió la presidencia el día 20, no sin observar cuidadosamente ciertas formalidades, con objeto de establecer la legalidad de su gobierno. Dada la renuncia del Presidente y del Vicepresidente, el Secretario de Relaciones Exteriores de Madero fue reconocido como presidente durante los escasos minutos necesarios para que nombrara secretario de Gobernación a Victoriano Huerta, tras lo cual renunció, dejando que Huerta, conforme a la Constitución, lo sucediera en la presidencia.

»El día 21, el Embajador norteamericano telegrafió al secretario Knox diciéndole que se disponía a reconocer al gobierno que de ese modo acababa de establecerse, y que ya había girado instrucciones a todos los cónsules norteamericanos del país, "pidiendo el sometimiento y adhesión general al nuevo gobierno, que el día de hoy será reconocido por todos los gobiernos extranjeros".<sup>14</sup>

»A lo que parece, el Embajador recibió instrucciones del señor Knox, en las cuales se le decía que no prestara ese reconocimiento tan precipitado. En efecto, ese mismo día, más tarde, telegrafía diciendo que ha celebrado una entrevista con el nuevo secretario de Relaciones Exteriores, el señor De la Barra, y que espera haber actuado de acuerdo con el sentir del Departamento de Estado, si bien no ha querido "dar una negativa en cuanto al reconocimiento pleno".<sup>15</sup>

»(Una lectura de los despachos enviados por el señor Wilson al Departamento de Estado durante el mes siguiente nos lo muestra dando informes acerca de los progresos del nuevo gobierno y sobre cómo se le iban sometiendo todas las partes del país, lo cual es tan exactamente contrario a la ver-

dad, que resulta imposible comprenderlo. El hecho es que, desde el momento en que Huerta tomó en sus manos el poder, el país comenzó a caer rápidamente bajo el imperio de la rebelión. Actualmente, Huerta es dueño de menos de la mitad del país.)

»El día siguiente era la fiesta del aniversario del nacimiento de Washington. Por la mañana, el Embajador y el nuevo Secretario de Relaciones Exteriores intercambiaron felicitaciones en presencia de una muchedumbre congregada ante el monumento a Washington. Después de depositar en él unas coronas, se organizó un desfile hasta el monumento a Juárez, donde también se dejaron unas coronas. Por la tarde, el señor Wilson ofreció una recepción en la Embajada. A ella acudieron Huerta, Díaz, Mondragón y otros personajes del nuevo régimen. Huerta y Wilson desaparecieron de entre la gente allí reunida, y me fundo en el autorizado testimonio del Embajador chileno para declarar que Huerta y Wilson se hallaban en el salón fumador, trabando una conversación que duró una hora y media; todo este tiempo estuvo esperando el Embajador chileno, quien quería tener oportunidad de hablar con el señor Wilson. El Embajador omite toda mención del día 22 de febrero como una de las bien contadas fechas en que, según informa al señor Bryan (véase su largo despacho del 12 de marzo), ha tenido comunicación oral o escrita con Huerta. El Embajador chileno puede haberse equivocado. Pero si está en lo cierto, tenemos conferenciando a Huerta y Wilson hasta las 7 de la tarde.

»A las 9 de la noche, el alcaide de la penitenciaría recibió la visita del coronel Luis Ballesteros, con órdenes de que el alcaide entregara en sus manos la dirección de la cárcel. El alcaide destituido se retiró a su casa en el automóvil en que había llegado su sucesor.

»Muy poco después de haber sonado las 12 de esa noche, Francisco I. Madero y José Pino Suárez fueron asesinados. El embajador Wilson, en la mañana siguiente, envió a Washington un informe en el cual decía que, a lo que alcanzaba a averiguar, se les mató a consecuencia de un intento de liberación, en los momentos en que se les trasladaba del Palacio

Nacional a la penitenciaria. "Yo había recomendado su traslado a un sitio más confortable", explicaba Wilson. El cuento del intento de liberación de los presos fue abandonado casi inmediatamente después de haberse lanzado. El expediente de la "ley fuga", con su leyenda contra el nombre de las víctimas "muertas durante un intento de escapatoria", ha sido durante siglos un método predilecto en los países hispánicos, pero nunca se ha pretendido convertirlo en algo más que una ficción destinada a salvar las apariencias.

»La verdad de las cosas es que Madero y Pino Suárez, a las 11.45, fueron obligados en el Palacio a subir en dos automóviles, uno en cada uno, y que así se les llevó en dirección a la penitenciaria, escoltados por una docena de soldados, bajo el mando del mayor Francisco Cárdenas. Cárdenas, camarada muy íntimo de Huerta, y además hechura suya, había llegado a la ciudad justamente a las 9 de esa misma noche, procedente de Manzanillo. La comitiva no se dirigió a la puerta de la penitenciaria, sino que dejó atrás la calle que conduce a ella y fue a dar a un espacio baldío que hay a espaldas del edificio. Aquí se detuvo el automóvil. Lo que ocurrió a continuación es probable que nunca se sepa con exactitud. Según los testimonios más dignos de crédito que he logrado reunir, sacaron primero a Pino Suárez del automóvil y lo abatieron a tiros. En seguida le tocó su turno a Madero. Para él fue suficiente una sola bala, en la nuca. El pelo estaba chamuscado. Cuando se dispuso el cadáver para el entierro, se observó una confusión en la frente; puede haber sido resultado de su caída después del tiro fatal, o bien un golpe dado con la cacha de la pistola antes de dispararla. La banda de asesinos, una vez realizada su tarea, desapareció rápidamente. Uno de los automóviles se había escapado, y el chofer, aterrorizado, no se detuvo a pesar de las balas que llovieron sobre él. Inmediatamente después, un peón llamado . . . . ., y un compañero suyo, oscuros prisioneros ambos, fueron enviados por el nuevo alcaide para que metieran los cadáveres en el edificio. . . . . sacó de los bolsillos del Vicepresidente muerto cierto número de objetos que yo he tenido en mis manos:

»Una hoja de papel en la cual hay algo que parece ser la clave de un alfabeto cifrado; un pase, núm. 350, del Ferrocarril de Kansas City, México y Oriente; una carta franca del Wells-Fargo Express, núm. 3; dos recetas, una de un oculista y otra de un optómetra; y una libranza, fechada en la ciudad de México el 19 de febrero, por \$ 2,000.00 moneda norteamericana, en favor del señor José María Pino Suárez, firmada por Salvador Madero y Cía. y dirigida al señor Ed. Maurer, 80, Maiden Lane, New York City.

»En la madrugada, los transeúntes amontonaron piedras hasta formar un pequeño túmulo sobre los dos lugares empapados de sangre, y encima pusieron unas velas encendidas.

»Durante varios días, después del asesinato, Huerta y su Secretario de Relaciones Exteriores hablaron mucho de llevar a cabo averiguaciones. Pero ninguna averiguación se ha hecho. Ninguna averiguación se está haciendo. El mayor Cárdenas fue arrestado, pero inmediatamente se le soltó, y se le ha ascendido a teniente coronel. Ahora es comandante de rurales en Michoacán. Justamente un día antes de que se escribiera este párrafo, los periódicos daban la noticia de que había asesinado a un preso a sangre fría.

»El señor Wilson nunca ha pedido que se haga una averiguación sobre lo ocurrido. En sus conversaciones conmigo, no demuestra tener formado juicio alguno en cuanto a la naturaleza de la fechoría realizada la noche del 22 de febrero, después de que todos los hombres responsables de ella habían sido huéspedes suyos en su casa, ni tampoco parece tener la menor sospecha de que alguna responsabilidad pueda recaer sobre él, aunque, examinando desapasionadamente todo lo ocurrido, cabe decir que fue él quien entregó a esos hombres a la muerte. El señor Wilson, en sus conversaciones conmigo, ha vituperado violentamente a Madero y a su familia. Da muestras de orgullo al decir que él estuvo prediciendo constantemente la caída de Madero. En algún momento le pregunté si, en opinión suya, estaba manteniendo una actitud correcta, en cuanto diplomático, al presidir una conferencia de dos generales rebeldes y al prestar su ayuda para ultimar los detalles de la nueva presidencia, cuando el Presidente cons-

titucional, ante el cual estaba acreditado él, se hallaba preso; y el Embajador me contestó que era necesario, para bien de México, que se eliminara a Madero. A una pregunta mía acerca de la responsabilidad por la muerte de Madero y Pino Suárez, el señor Wilson dijo que él partía de la idea de que eran ciudadanos particulares en el momento en que murieron, y que hubiera sido una impertinencia el que un país extranjero pidiera que se hiciesen averiguaciones acerca de un negocio estrictamente interno. Y luego, con bastante violencia, continuó diciendo que Madero había matado a centenares de personas ilegalmente, y que no era asunto suyo de qué manera había muerto ese hombre. "De hecho —añadió—, la persona realmente responsable de la muerte de Madero es su esposa. A ella es a quien hay que echarle la culpa. Era preciso eliminar a Madero. Su telegrama a Veracruz hizo imposible que Madero saliera de la capital."

»Todo el informe que antecede acerca de los hechos ocurridos en México supone la convicción de que el movimiento contra Madero fue una conspiración y no una revolución popular; es decir, que fue un cuartelazo, una asonada militar, la intriga de unos pocos y no el levantamiento de un pueblo indignado; y que la traición que cometieron los generales contra su Presidente fue una traición de gente mercenaria, y de ninguna manera la respuesta a los sentimientos de una nación, ni siquiera a los de la ciudad.

»No tengo ninguna razón para dudar de la sinceridad del embajador Wilson cuando expresa una opinión tan contraria a ésta. De hecho, creo que es sincero. Él pensaba, indudablemente, que el bien del país exigía derribar a Madero. Había llegado a considerarlo como a un Nerón. Si se parte de esta base, es mucho lo que puede decirse para justificar gran número de actos de Wilson, y para atenuar otros. Si se parte de allí, es posible hacer todo este relato en un tono muy distinto, y con muy distintos acentos. Y me apresuro a reconocer que en el presente informe, necesariamente apresurado, es probable que haya omitido ciertos incidentes que sería equitativo contar, cualquiera que sea la teoría adoptada.

»Justo es agregar que el señor Wilson habla con gran li-

bertad, y con todas las muestras de sinceridad, sobre el papel que le cupo en el drama, y en cada una de sus frases da pruebas de creer que ése era el único papel que el humanitarismo y el patriotismo (desde el punto de vista de México y desde el de los Estados Unidos) le permitían desempeñar. Se muestra muy sorprendido y profundamente desconcertado ante el hecho de que esto no se lo reconozca todo el mundo. Está sencillamente maravillado de que el país en su totalidad haya repudiado la revolución, pues él sostiene que ésta se emprendió y se realizó en respuesta a sus deseos; y lo aflige hondamente el hecho de que no haya traído la paz.

»PROBABLEMENTE, la historia hará recaer la responsabilidad del asesinato de Madero sobre los hombros de alguien que no sea su fiel esposa. No obstante, a pesar de lo curiosa que resulta esta ilustración de hasta dónde puede llevar un error inicial a quien es su víctima, es absurdo, en opinión mía, presentar al señor Wilson como un conspirador lleno de malicia. Lo peor que puede decirse, hablando con veracidad, es que, siendo un hombre de intensos prejuicios, se hallaba de tal manera cegado por su odio a Madero, que interpretó honradamente este odio como si fuera el odio de todo el pueblo mexicano, y su propia convicción como si fuera el veredicto de la nación. No obstante, por muy sinceros que hayan sido sus motivos, es imposible no concluir que la conducta del señor Wilson fue totalmente errónea, dañosa y trágicamente desafortunada en sus resultados.

»Sin el apoyo que el Embajador de los Estados Unidos dio a Huerta en sus planes de traición contra el Presidente, la revuelta habría fracasado. Esto no es cuestión de meras conjeturas, sino la conclusión hacia la cual apuntan todos los hechos. El lunes 17, que fue el último día de la pelea, Madero se hallaba, indiscutiblemente, en posesión de toda la ciudad, con excepción de la Cindadela y de tres o cuatro casas cercanas a ella, que seguían ocupadas como avanzadas. Los amotinados no se habían atrevido a llevar a cabo ninguna salida, y nada que pudiera interpretarse como muestra de simpatía hacia ellos había ocurrido en ninguna parte de la ciu-

dad. El pueblo se había negado a unirse a la revuelta. Ningún levantamiento en apoyo de ellos se había registrado en el país. Los zapatistas, bandoleros que durante bastante tiempo habían estado en posesión del Estado de Morelos y de las montañas que rodean a la ciudad, no se habían presentado, aunque el embajador Wilson telegrafiaba día tras día a Washington diciendo que ya venían en camino. Lejos de eso, Zapata le había mandado decir a Madero que suspenderían las operaciones contra el Gobierno federal hasta que él hubiera acabado con Félix Díaz. En una palabra, el día 17, transcurrida ya una semana, era de todo punto evidente que el Gobierno se hallaba sencillamente frente a un solo grupo de unos cuantos centenares de hombres, rodeados y encerrados en un fortín, y que el meterlos en cintura era sólo cuestión de tiempo.

»No hubo durante toda la “decena trágica” ni un momento en que no hubiera sido posible “poner término a la desoladora situación”, “poner punto final a este innecesario derramamiento de sangre”, mediante una seria advertencia de la Embajada norteamericana a los oficiales traidores del ejército, en la cual se les hubiera dicho que los Estados Unidos no estaban dispuestos a patrocinar otros métodos que no fueran los constitucionales y pacíficos, y que no otorgarían su reconocimiento a ningún gobierno erigido por la fuerza. El presidente Madero no fue traicionado y arrestado por sus oficiales sino en el momento en que ya no hubo dudas de que el Embajador norteamericano no tenía objeción contra semejante hazaña. El plan para el establecimiento inmediato de una dictadura militar no pudo haberse elaborado nunca, excepto en la Embajada norteamericana, bajo el patrocinio del Embajador norteamericano y con su promesa, en nombre de su Gobierno, de un rápido reconocimiento. Madero nunca habría sido asesinado si el Embajador norteamericano hubiera dado a entender en forma clara que la conspiración debía detenerse antes de llegar al crimen.

»NO PUEDE MENOS de causar pena a todos el hecho de que esta historia, probablemente la más dramática en que se ha

visto envuelto un funcionario diplomático de los Estados Unidos, sea una historia de simpatía con la traición, la perfidia y el asesinato, en un asalto contra un gobierno constitucional.

»Y es particularmente desafortunado que esto haya sucedido en uno de los principales países de la América Latina, donde, si alguna labor moral es preciso llevar a cabo, es negar apoyo a la violencia y respaldar la legalidad.

»Tal vez venga a resultar baladí, en medio del cúmulo de miserias que de todo eso han resultado —aunque, en cierto sentido, no carezca de importancia—, el hecho de que millares de mexicanos creen que el Embajador actuó según instrucciones recibidas de Washington, y que, además de considerar la permanencia en su cargo, bajo el nuevo Presidente norteamericano, como una señal de aprobación, culpan al Gobierno de los Estados Unidos del caos en que ha caído el país.

[firmado] Wm. Bayard Hale.  
México, 18 de junio de 1913.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Después de leer el informe de Hale que se publica a continuación, el lector estará en situación de apreciar el valor de ciertas afirmaciones, como las que hace Arthur S. LINK en la p. 112 de su *Woodrow Wilson and the Progressive Era (1910-1917)*, uno de los volúmenes de "The New American Nation Series", colección dirigida por Henry Steele Commager y Richard B. Morris: "Los vividos y dramáticos despachos enviados por Hale desde la capital de México durante el verano de 1913 insistían en un solo tema: que al gobierno de Huerta le era imposible sobrevivir, y que sólo la elección de un gobierno constitucional podría impedir la intervención norteamericana en gran escala".

<sup>2</sup> El tono general de los juicios que han manifestado los principales historiadores de los Estados Unidos acerca de la política de Wilson con relación a Huerta, puede verse por los siguientes ejemplos. CLINE llama al Presidente "el tipo mismo del bisoño en la diplomacia". LINK comienza su capítulo acerca de las relaciones de Wilson con México en esta forma: "La diplomacia misionera tuvo su apogeo en los esfuerzos de Wilson por ajustar la Revolución mexicana a un molde constitucional y moralista de su propia invención." Y BEMIS, por su parte, lanza aquí y allá, en las páginas de su libro, apóstrofes como éstos: "Pero ¿qué cosa es la moral, oh filósofos y videntes?... Pero, oh maestros y predicadores, ¿qué cosa es exactamente la religión cristiana?... Pero ¿qué cosa es

la voluntad del pueblo, oh Robespierre, oh Napoleón I y Napoleón III, oh Porfirio Díaz, oh Zelaya, oh Woodrow Wilson, Kerensky, Lenin, Gerardo Machado, oh Mussolini y Hitler?"

<sup>3</sup> La cronología de acontecimientos que expongo a continuación se funda en Ray Stannard BAKER, *Woodrow Wilson, Life and letters*, vol. 4, Nueva York, 1931, y en el primer volumen de la correspondencia entre Bryan y Wilson (General Records of the Department of State, The National Archives of the United States).

<sup>4</sup> En una hoja suelta que precede al informe propiamente dicho, Hale escribió a mano: "La necesidad de tomar un tren con este manuscrito me hace imposible la tarea de corregirlo como es debido. Soy un pésimo mecanógrafo. WBH." El informe carece de título, y no se indica a quién va dirigido. Se catalogó en el Departamento de Estado en fecha muy tardía: el 11 de marzo de 1920. Se encuentra ahora en el Archivo Nacional (The National Archives of the United States, General Records of the Department of State, núm. 812.00/77981½).

No hemos hecho ningún intento de completar el relato que ofrece Hale de la decena trágica comparándolo con los despachos de otros representantes diplomáticos que se encontraban en México, ni con los documentos personales de los mexicanos contemporáneos de los hechos. Este proyecto podría ser de enorme interés, pero es irrealizable por ahora a causa de que la mayor parte de la correspondencia diplomática relativa a esos hechos no se halla a disposición de los investigadores, y las posibilidades de consultar la correspondencia personal son muy desiguales.

Todas las notas que siguen han sido añadidas por el editor del documento. Las personas mencionadas en el texto quedan suficientemente identificadas allí mismo, de manera que las únicas notas que hacen falta son rectificaciones o explicaciones más detalladas de las citas que el Dr. Hale hace de la correspondencia oficial. Se ha confrontado el informe con varios documentos del archivo del Departamento de Estado y del archivo de la Embajada de los Estados Unidos en México, los cuales se encuentran ahora en Washington, en el Archivo Nacional (The National Archives). Como esta correspondencia era cifrada y se llevaba a cabo casi exclusivamente por vía telegráfica, suele haber omisiones en las copias recibidas y, en algunos raros casos, se notan ciertas diferencias de poca importancia entre las dos copias. Se ha preferido utilizar el documento redactado en el lugar de origen, por considerársele el más correcto. Naturalmente, el Dr. Hale, al redactar su informe, sólo tenía acceso al archivo de la Embajada.

<sup>5</sup> El "siguiente día" no fue martes, sino miércoles 12 de febrero. Recuérdese que estos acontecimientos se iniciaron en la noche del sábado 8. Hale, seguramente por inadvertencia, se equivoca en un día a partir de este párrafo. Pero más adelante sus indicaciones son correctas. Por ejemplo, al final de su informe, dice ya: "El lunes 17 [de febrero], que fue el último día de la pelea..."

<sup>6</sup> El despacho del embajador Wilson dice: "The President was visibly embarrassed and endeavored to fix the responsibility on Diaz". Hale cita esta frase casi textualmente, pero dice "*of Diaz*" en lugar de "*on Diaz*".

<sup>7</sup> La cita ("...urged that firing be confined to a particular zone") es correcta, pero quienes se entrevistaron con Madero fueron los representantes diplomáticos de España, Alemania y los Estados Unidos. El señor Wilson llevaba un documento firmado por el señor Stronge en que lo autorizaba a hablar en nombre del Embajador de Inglaterra; éste se reunió más tarde con sus colegas, cuando fueron a visitar a Félix Díaz.

<sup>8</sup> La parte pertinente del telegrama enviado por el embajador Wilson el 14 de febrero dice así: "Traté de hacerle comprender [a Lascuráin] el hecho de que la opinión pública, así mexicana como extranjera, estaba haciendo responsable de estas condiciones al Gobierno federal, y le insté a tomar inmediatamente las medidas necesarias para llevar a cabo una discusión entre los dos bandos contendientes... Él [Lascuráin] está profundamente impresionado con la actitud de nuestro Gobierno, pues la juzga amenazadora, y confidencialmente me dijo que, en su opinión, el Presidente debía presentar su renuncia."

<sup>9</sup> Wilson dice: "The opinion of the assembled colleagues was unanimous"; y Hale: "The opinion of *my*..."

<sup>10</sup> Wilson: "...upon arrival at the Palace, much to our regret, we were taken to see the President"; Hale omite las palabras "at the Palace".

<sup>11</sup> "Huerta acaba de enviar un mensajero especial a decirme que le era imposible acudir a la cita que había hecho conmigo para hoy, pero que esta noche espera tomar las medidas necesarias para poner fin a la situación" (Wilson al secretario de Estado Knox, 16 de febrero de 1913). "En este momento he recibido de Huerta una carta en que me dice que, en vista de la violación del armisticio por parte de los revolucionarios, es preciso terminar el asunto" (Wilson a Knox, 17 de febrero de 1913).

<sup>12</sup> Wilson dice en su despacho: "El general Huerta acaba de enviar su mensajero otra vez para decirme que puedo tener la seguridad de que se darán algunos pasos para expulsar a Madero del poder en cualquier momento, y que los planes se han madurado perfectamente; dice que la dilación se debe al deseo de evitar toda violencia o derramamiento de sangre. Yo no hice ninguna pregunta ni expresé ninguna sugerencia; sólo pedí que no se sacrificara la vida de nadie, excepto por el debido proceso legal".

<sup>13</sup> La instrucción a que se alude es la siguiente:

«Confidencial y urgente. De manera informal y extraoficial puede usted poner en conocimiento del general Huerta que se ha recibido el telegrama que envió al Presidente el 18 de febrero.

»Aunque este Gobierno tiene el deber general de mantener vigente, por el bien de sus propios ciudadanos y de sus intereses nacionales, la influencia que posee, no obstante, el hecho de que el general Huerta

le haya consultado a usted acerca del trato que debería darse a Madero, tiende a conferirle a usted cierta responsabilidad en el asunto. Por lo demás, no hace falta decir que un trato cruel dado al ex Presidente dañaría mucho la reputación de la civilización mexicana ante los ojos del mundo. Este Gobierno confía encarecidamente en no tener noticias de un trato semejante, y espera saber que se le ha tratado en una forma que vaya de acuerdo con la paz y la humanidad.

»Sin contraer ninguna responsabilidad, usted podrá emplear estas ideas de la manera que le parezca conveniente, en su conversación con el general Huerta.» [Firmado] Knox.

<sup>14</sup> Wilson: "...to urge general submission and adhesion to the new government, which will be recognized by all foreign governments today"; Hale lo cita literalmente, pero dice *adherence* en vez de *adhesion*.

<sup>15</sup> Wilson dice: "Creo que podré lograr los resultados apetecidos en la instrucción del Departamento sin recurrir a la negativa en cuanto al reconocimiento pleno, ni tampoco al expediente de tratar directamente del asunto con el general Huerta."